



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA



¡Ya quisiera la nación
tener muchos escritores
que hicieran tantos primores
como don José Ramón!

SUMARIO

TENTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—El caballero, por José Estremern.—Carta de un maestro de escuela, por José Jackson Veyan.—Hamacitas, por Ricardo J. Catarinen.—La mala letra, por F. Serrano de la Pedrosa.—¿Qué descaro!, por Juan Pérez Zúñiga.—La petición de mano, por Siniselo Delgado.—Cantares, por Luis González López.—Carreras de caballos, por Enrique Jiménez de Quirós.—Concurso de sones.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: José Ramón Méliés.—Parada sin fondo.—Anuncios, por Cilla.



La huelga de los telegrafistas.

Hé aquí el tema de todas las conversaciones.

Tras muchos años de sufrimientos por la patria, los individuos de Telégrafos han adoptado una resolución que pone en un brete al Gobierno.

Estaban cansados de sufrir las impertinencias de los directores generales, muy buenas personas en el seno del hogar y hasta, si á mano viene, guapos, pero insoportables en cuanto directores. Como aquí no se exigen títulos de ningún género para desempeñar altos cargos, resultaba que á lo mejor hacían jefe nato de Telégrafos á un apreciable cirujano de segunda clase, ó á un ganadero, ó á un escribano de número, que llegaban á la dirección y preguntaban:

—¿Dónde tienen ustedes la electricidad? ¡A ver! Que me suaban una poca, que quiero examinarla.

Á los dos ó tres días de ser directores, ya querían saber más que todos los técnicos juntos y reformaban los reglamentos, daban órdenes y querían que su opinión prevaleciese sobre la de todos los electricistas del mundo. Ha habido director que quiso reformar los aparatos Hugues, entre él y un cuñado suyo que había sido relojero. Otro, en su afán de hacer reformas, dió una orden general suprimiendo las haches y los pluscuamperfectos; y alguno llegó hasta redactar una disposición prohibiendo que los telegrafistas tuviesen hijos chatos. En cuanto nacía uno con los narices á medio desarrollar, ya estaba el director suspendiendo al padre de sueldo y empleo por quince días.

¿Qué había de suceder? Pues sucedió que los telegrafistas se ofendieron y comenzaron á murmurar.

—Es preciso hacer algo gordo—dijo uno.

—El director no tiene atribuciones para legislar sobre los claustros maternos—dijo otro.

Y el malestar fué tomando carácter serio. Había hombre que se sentaba frente al aparato y no podía transmitir, porque se le engarababan los dedos á causa de la indignación.

—¿Qué hace usted, Voltacilla?—le preguntaba el jefe.

—Estoy pensando en nuestros disgustos internos—contestaba.—Se nos desatiende, se nos veja, se nos injuria.

—Bueno, pues manipule usted.

—¿Quién manipula teniendo el corazón oprimido?

La bomba estalló al fin y al cabo, y hoy el cuerpo de Telégrafos, paciente hasta la fecha, sufrido y respetuoso con los poderes públicos, adopta una resistencia pasiva, que produce serios conflictos.

Hay quien está indignado contra los telegrafistas y les niega la razón y el derecho, y todo lo negable.

—¿Ha visto usted qué escándalo?—dice llevándose las manos á la cabeza.—Desde ayer estoy sin comunicación con Barcelona.

—¿Tiene usted negocios allí?

—No, señor; pero tengo un amigo que quedó en avisarme telegráficamente cuando se le reventase un divieso, y no recibo noticias suyas.

Yo no me meto á decir si los telegrafistas tienen razón para la huelga, porque soy respetuoso con las autoridades y no quiero que me tomen ojeriza. Por menos me ha quitado el destino Morat, privándome de 45 duros mensuales, que me venían de perilla; pero lo que sí digo es que los telegrafistas son de los pocos funcionarios públicos que trabajan en este país.

No hay más que meter la cabeza en la sala de aparatos y verles agarrados al boliche del manipulador, hora tras hora, transmitiendo toda suerte de majaderías.

Por ejemplo:

«Charito salió cuidado, niño precioso, rubio, lunar pescuezo, ojos verdes, vivo retrato Nicanor. Supónese soltará ombligo martes.»

«Reunidos fraternal banquete socios Club remeros estauque Retiro, envían calurosa felicitación á colegas Cangas Onte. Viva unión remeros madroño-asturianos! ¡Viva fraternidad!—Tolete.»

«Vidita mía, siempre pensando en ti. Hoy estrené pantalón tórtola oscura, rayas verdes. Gustó bastante á amigos café. Te adoro.—Ceferino.»

—¿No son dignos de compasión nuestros telegrafistas, siquiera por la parte que toman en estas ridiculeces?

Hay más: yo los he visto en provincias, teniendo que transmitir los telegramas de los corresponsales de periódicos dando cuenta de la inauguración de un balneario ó de la botadura de un crucero ó de una causa célebre. En alguna estación telegráfica no había más que un empleado, y él tenía que hacerse todo: transmitir, recibir, componer el aparato, barrer la oficina y darle biberón á un niño de cinco meses, hijo suyo, porque la telegrafista consorte tenía á su vez que cuidar de otras cinco criaturas y del ordenanza, que había caído con las viruelas locas.

Á lo mejor comenzaba á sonar el aparato, y decía el telegrafista á su esposa:

—Bruna, ¿puedes tenerme al niño mientras recibo este despacho?

—No es posible, porque estoy bañando á Brunito, y temo que se me ahogue si le dejo solo.

Entonces el infeliz empleado cogía al del biberón y le colocaba encima de los telegramas recibidos. Después preguntaba por el aparato:

—¿Quién?

—De parte del señor gobernador civil que si hay en ese pueblo una buena ama de cría con leche fresca, pues ha dado á luz la gobernadora, y no puede criar porque le ha salido un pelo.

—Bueno, se buscará.

—Dice también que por correo remita manteleta gobernadora para que se la tiñan en ese pueblo, donde son permanentes los colores...

En fin, la vida del telegrafista es muy larga de contar, y ellos no podrán tener razón, como dicen los hombres de gobierno, pero ¿á que no establecen éstos una permuta de destinos?

LUIS TABOADA.

EL CABALLERO

(DE EMILIO AUGIER)

—¿Quieres decirme, rapacilla hermosa, cuál de estos dos caminos es el mío?

—Si no sé dónde vas, buen caballero, ¿cómo podré decirlo?

—Breve es tu pie, redondos son tus brazos, blanco tu seno, tu semblante lindo...

—Ignoro dónde voy, hermosa niña; voy donde vayas tú; quiero ir contigo.

—Pues vas á ver á Gil, pastor de cabras, que impaciente me espera en el aprisco, donde mi breve pie lleva á éstos brazos que echar al cuello de mi amante ansío.

—Si merece tu amor el que te adora, yo le merezco ya; mas si es preciso que el que sea tu amante en rebano

—Lleve de riesgo en riesgo, yo maldigo á la suerte que me puso

fuerte lanza en la caja, espada al cinto,

flotantes plumas en el férreo casco,

sangre que pide sangre de enemigos.

—Vosotros sois los reyes de los hombres. Mil romances é historias me han leído

en que un guerrero, por amor guiado,
despreciando asechanzas y peligros,
á su amada solía hacer princesa
y señora de villas y castillos.
¡Si fuera así mi Gil! Si fuera al menos
capitán, le amaría con delirio.

—Yo lo soy; ven acá; monta á la grupa.
Tu paladín seré; tú el dueño mío.
Tu garganta ornaré con ricas joyas
de señores y príncipes vencidos,
y para ti, si quieres, su palacio
le quitaré al rey mismo.

—¡Ir contigo! No puedo; amor constante
le he jurado á mi pobre cabrerizo,
y moriría el infeliz de pena;
mil veces me lo ha dicho.

Además, ¿cómo quieres que á la grupa
suba de tu corcel para ir contigo,
si tú no echas pie á tierra para alzarme,
ni me tiendes la mano ni el estribo?

JOSÉ ESTREMERÁ.

CARTA DE UN MAESTRO DE ESCUELA

AL EXCMO. SR. D. EMILIO NIETO

Con el retraso usual
en el servicio postal,
que ya á ninguno le extraña,
hega hoy el diario oficial
hasta este rincón de España.

Ni las Cortes ni el Senado
despiertan gran interés,
pero me dejó asombrado
su discurso, publicado
en los extractos del tres.

Entre tanta discusión
hermosa, pero sin seso,
hoy se ensancha el corazón:
¿todavía en el Congreso
hay quien hable de instrucción!

La ciencia el discurso abona
y merece una corona
quien nos hace tal merced.
Por ahí se va á la poltrona...
¡Don Emilio, choque usted!

Con la economía impía,
que es la palabra del día,
pretenden hacernos daño:
¿si yo no cobro hace un año!...
¿Quiéren más economía?

Para comer no me alcanza
y aún me acortan la pitanza.
¿No ve el ministro severo
que me dan por la enseñanza
lo que á un peón caminero?

Por falta de material
hoy le escribo tarde y mal,
pues uso como papel
la faja de un Liberal!

En la escuela oscura y fea
he reunido asambleas:
leí su discurso ameno
y le nombran su hombre bueno
los chiquillos de la aldea.

Como el mejor diputado
y político leal,
ministro le he presentado,
y ha sido usted aclamado
en votación nominal.

No repare en sacrificios
y corrija antiguos vicios...
¡Que la instrucción cunda y vuele!...
«Escuelas de artes y oficios.»
¡Ahí, señor Nieto, le duele!

Menos adornos galanos
y más durezza en las manos,
Talleres por todas partes.
¡Que haya menos bellas artes
y que haya más artesanos!

Menos borlas de doctor
y más hierro y más vapor,
que el triunfo que el alma espera
está en la dura trinchera
del trabajo productor.

Pobre maestro vulgar,
bien poco puedo enseñar.
Mi ambición es conseguir
que aprendan á trabajar
cuando sepan escribir.

Veo en usted mi tutela.
Hoy su nombre me consuela
y pido un favor barato:
¡mándeme usted su retrato
para que adorne mi escuela!

Como no tengo dinero,
darle un banquete no espero.
pero estimo la merced.
¡Es usted un caballero!...
¡Don Emilio, choque usted!

Quiero verle retratado
y ya mi impaciencia es harta.
¡Si me manda lo indicado,
certifique usted la carta
como valor declarado!

Por la copia.

JOSÉ JACKSON VEYAN.

HUMORADITAS

Cierto crítico artístico soñaba
que la Venus de Milo le abrazaba.

Será para los buenos la existencia
reguero de veneno,
mientras no adquiera la mujer la ciencia
de ver la diferencia
que va de un hombre tonto á un hombre bueno.

Envidian las estrellas á las flores
que las pisen tus pies encantadores.

Me heriste y de tus garras me preservé,
mas no en el alma contra tí conservo
instintos de rencor y de venganza;
pues ya sé que, en el curso de la vida,
mezclada con la sangre de una herida
suele siempre brotar una enseñanza.

A las de Torres dijo un atrevido
que otras torres más altas han caído.

Es, Concha, tu mirada
una canción de amor iluminada.

Tú, solamente con mirarle, puedes
matar á un hombre sin dolor, Mercedes.

Quisiste en vano darme un desengaño
con tus críticas toscas;
pues yo soy asire que conoce el paño,
y sé que te pareces á las moscas
en que molestas, pero no haces daño.

Andas tú con tal gracia
que pareces un pájaro que vuela,
y, entre la aristocracia,
ese modo de andar formará escuela.

Dicen que Dios te toma por modelo
para hacer á los ángeles del cielo.

Según sus biografías
nos cuentan, dijo Abderrahmán tercero
que logró ser feliz catorce días...
¡Ya ves si Abderrahmán era embustero!

Dudar de que te quiero es tan injusto
que es hacer una ofensa á mi buen gusto.

No seas nunca ingrata,
porque no se hizo en vano
el retrán castellano
á hierro muerre quien á hierro mata.

RICARDO J. CATARINCU.

LA MALA LETRA

La mala letra es una calamidad de las más grandes que afligen
al género humano.

Figúrense ustedes lo que sería caer en un pueblo de tartamudos.

Viviríamos desesperados, porque el tartamudo es vengativo. Tropezaba en una palabra que, debiendo ser pronunciada en el tiempo que dura una *corchea* (para entendernos), se lleva ella sola todo un compás. El tartamudo sufre y aguanta el puño, pero la cólera le hace vengarse inmediatamente, porque al salir del tropiezo, se arranca con tal velocidad que mete diez y seis palabras *semi/usas* en el tiempo que debería ocupar una sola.

Bastaría esta precipitación para que fuera difícil entenderle, pero á esto se añade que nuestro oído, mientras el tartamudo se arrastra en la palabra del tropezón, cree que va á escucharlo todo con aquel descanso, y cuando sobreviene la rociada subsiguiente al tropiezo, la recibe con la sorpresa que causa siempre la traición.

Y se queda sin entender una palabra.

Piensa el infeliz tartamudo que no se le entiende porque tartamudea, y no es así; al poco rato de conversación entran ganas de decirle:

—Amigo mío, vale más que lo tartamudee usted todo y nos entenderemos mejor.

En resumen, que la tartamudez es una calamidad de las peores, porque no la sufre el tartamudo, sino los que le oyen.

El que tiene fuego herpético, él se lo tiene y él lo padece, porque él es el que se rasca; pero ¿quién va á compadecer al que diga: «Yo padezco de tartamudez?»

—No, señor mío—se le podría contestar—la padecemos los demás; porque usted se entiende perfectamente y nos entiende á nosotros, mientras que nosotros no le entendemos á usted y acabamos por no entendernos ni saber lo que decimos.

Pues bien, la mala letra es la tartamudez escrita y es mucho peor que la otra.

En primer lugar, con el tartamudo siempre queda el recurso de olvidarlo todo, parar el reloj, sentarse y decir al interlocutor:

—Tenga usted la bondad de repetir lo que ha dicho.

Y como no siempre ha de tropezar en la misma palabra, es posible, cogiendo ahora unas y luego otras, ir entresacando la sustancia.

Pero vaya usted á hacer lo mismo con el que nos escribe desde Buenos Aires.

Por otra parte, el recurso sería ineficaz, porque el maldito de cocer es incorregible. El tartamudo no lo es por su gusto; pero el que tiene mala letra, la tiene por vanidad, porque cree darse importancia con ello y mostrar de ese modo cierta superioridad.

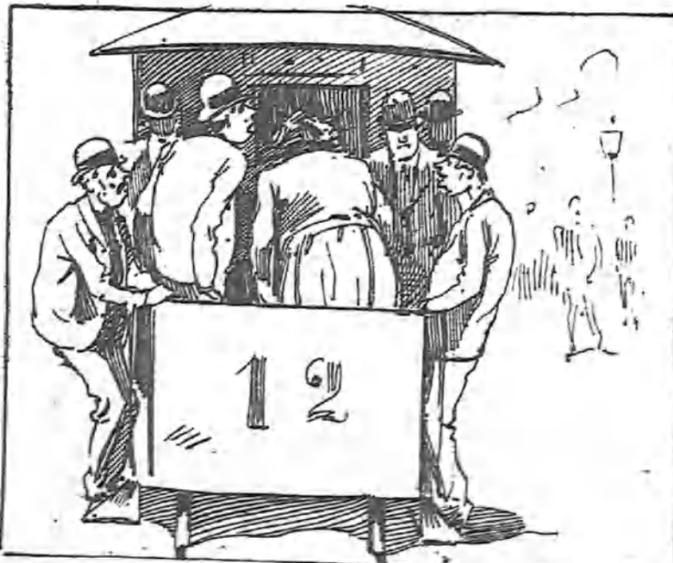
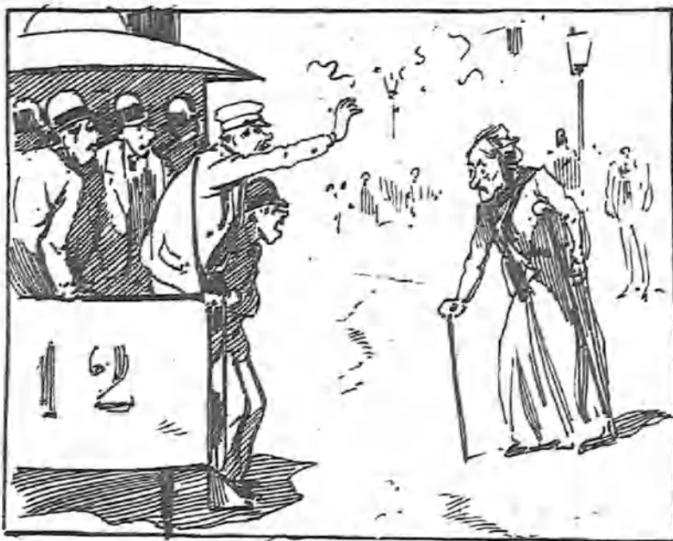
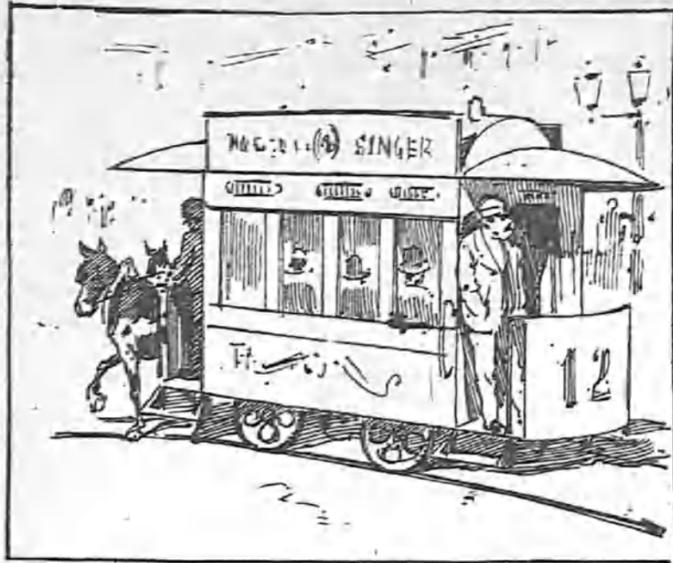
En el fondo no es otra cosa. En la Edad Media, cuando alboraba la civilización actual, los nobles desdeñaban la escritura y escribían con muy mala letra, y desde entonces tienen los cursis una manera de parecer nobles. Ni más, ni menos.

Debemos hacer una aclaración.

La letra del hombre que escribe mucho, aunque á primera vista parezca un jeroglífico egipcio, casi nunca es mala letra y á los pocos renglones se entiende bien.

En esto, como en todo, lo terrible es la afectación del mentecato que lo hace mal adrede, el que deja las palabras sin concluir como si tratara de escribir una fuga de vocales y consonantes.

PARADA EN FONDA



—¡Ah! pero ¿no va a la calle de Serrano?
—No, señora, a las Ventas.
—Pues que pare, que pare inmediatamente!

.....!

¿Qué idea tendrá de la elegancia ese sujeto?
Porque para ver si eso es elegante basta trasportarlo al lenguaje hablado y obligar á nuestro hombre á que hable como escribe.

—¿Adónde va usted, Fulano?—le diríamos.

Y él nos contestaría:

—Yo, de pr... p... q... v... á com... co. l. mar....

El que entendiera que nuestro hombre iba de prisa porque la marquesa le había convidado á comer, tendría un oído de afinador de pianos.

¿Y eso sería elegante? Eso sería sencillamente tonto.

Otra aclaración:

Tampoco hay que temer la letra de las personas que han recibido escasa instrucción y han manejado poco la pluma, como las mujeres, los albañiles, los primeros espadas, etc.

Ya saben todos estos que al escribir van á pecar, y procuran hacer la letra muy grande, como el que habla en castellano con un extranjero y le habla á gritos para que le entienda mejor.

Las cartas de la gente del pueblo, sin más trabajo que saltar el consabido *pues sabrás como* y otras frases que emplean, como ésta, por puro adorno, pueden ser leídas de corrido.

Y lo mismo las mujeres.

No tienen mala letra; lo que tienen es mal cuchillo, y á lo mejor lo dejan caer sobre una palabra y la parten por la mitad; pero con inocencia y sin propósito de ofender á nadie. Quieren escribir, por ejemplo, *tubucosa*, y dejan á un lado la *ta* y á otro lado la *ca*.

Y testarudas, eso sí, como ellas solas.

Tuve yo una novia que escribía siempre en los sobres de las cartas: «Señor Don Francisco...»

Esto no atacaba á la inmaculada pureza de aquel amor inmenso y suprasensible; pero me producía mal efecto.

Se lo advertí y me contestó, con muchísimo talento, que ella escribía la carta para mí y el sobre para el cartero, y que el cartero no merecía más.

Fui tan majadero que insistí, y en vista de que el *Francisco* se sostenía, llegué hasta invocar la economía, porque, en efecto, no había para qué despilfarrar las letras.

Mi novia cedió por fin, y dándome una prueba de verdadero amor, se enmendó. El sobre de la carta siguiente decía: «Señor Don Francisco...»

Pero todo esto importa poco ó nada.

Lo inaguantable es la carta que el senador ó el diputado han llenado de garabatos hacia arriba y hacia abajo y no hay quien la lea ni la entienda.

À ciertas cartas se contesta como lo hizo en cierta ocasión un ministro. Cogió la pluma, escribió «Querido Fulano,» y después cuatro carillas de palotes y perfiles y curvas embrolladas.

Al otro día se presentó el senador, diciendo:

—Pero hombre, ¿qué diablos me contestas? No he podido entender tu carta.

—¿No? Pues yo tampoco he podido entender la tuya.

F. SERRANO DE LA PEDROSA.

¡QUÉ DESCARO!

I
«Señor de Pla. Mi estimado amigo: aunque no le he hablado más que ayer noche en mi casa, cuando me fué presentado por el marqués de la Pasa, me permito, don Ramón, decirle á usted, con franqueza, que no tiene usted noción de lo que es delicadeza ni lo que es educación.

Después de bailar por siete con Paz y Lola y Teresa, pasó usted á un gabinete donde, encima de una mesa cubierta con un tapete, tenía yo preparadas tres bandejas atestadas de dulces y pastas finas y otras muchas golosinas á muy buen precio pagadas.

Pues bien, usted se creyó que ninguno le veía y á hurtadillas se guardó tres dulces, ¡los tres que había pensado comerme yo!

¡Por Dios y todos los santos! ¿Usted cree que eso es decente? ¡Y tomar precisamente aquellos, habiendo tantos allí de cuerpo presente!...

A todos invité yo dándoles plato y cuchillo, y alguien hubo que se hartó; pero nadie se metió los dulces en el bolsillo.

¡Sólo usted, que por osado fué objeto de las miradas de todos, salió pringado con dos yemas escarchadas y un coco acaramelado!

¿Y eso hizo usted, buen amigo, aunque era la vez primera que entraba en mi casa? ¡Digo!

¡Si llega á ser la tercera, carga usted hasta conmigo! Y no diga usted que miento ni que deliro tampoco; que la viuda de Sarmiento le vió á usted en el momento de echarle la mano al coco.

Me ha disgustado esa acción y, por lo tanto, le pido la pronta devolución de los dulces en cuestión... si no se los ha comido.

Mándelos, pues, al momento, porque me hacen mucha falta; perdone el atrevimiento y disponga de su atento servidor

José Peralta.

II

«Señor Peralta: Ya sé que anoche me propasé.

¿Si comí los dulces? ¡No!

Mi perra me los sacó del bolsillo del chaqué.

Y aunque el pensarlo me aterra, si usted en pedirlos se aferra, otra solución no encuentro que mandarles á usted la perra

con todos los dulces dentro, y después usted verá

de qué modo los recobra.

¿Que eso es muy difícil? ¡Ca!

Conque... manos á la obra.

Suyo atento,

Ramón Pla.
JUAN PÉREZ ZÓRIGA.

LA PETICIÓN DE MANO

—Pos miste, señor Charro, yo venía porque hablé con Ramona el otro día lo que venía al caso, y Ramona me dijo que debía, pa hacerlo todo bien, dar este paso. No debe usted ignorar que nos queremos, porque eso ya lo sabe mucha gente, y como dambos semos á cual más cabayero y más decente, pues... vamos á casarnos mesmamente.

—Bien hecho y bien hablao. Pero tñ sabes que la manutención es lo primero pa pensar en la boda, y que son graves las cuestiones que afectan al puchero. Yo tengo un parador que... vamos, hombre, se puede comparar con una fonda.

—Sí, señor.

—Y no hay otro con más nombre en dos leguas ú tres á la redonda.

¿Tú qué tienes?

—¿Qué tengo? Mucha vista y mucha inteligencia.

—No es bastante.

—Pues ¿qué se pué pedir á un socialista que tiene toa la vida por delante?

Mire usted, señor Charro, yo no he nacido pa tirar de un carro, como otros infelices que no ven más allá de sus narices.

Yo veo con los ojos de la cara al capital con el trabajo en guerra, y que andan toos los pueblos de la tierra intriguos hasta ver en lo que para. Por eso estoy así, como usted sabe, cruzado de brazos... hasta que esto acabe.

¿Qué trabajo? No quiero. La mitad del hombre es lo primero, y yo no me rebajo

pa que engorden después con mi trabajo los burgueses que explotan al obrero.

—Y si, es un suponer, vas y te casas, ¿con qué vas á comer? ¿cómo lo pasas?

—Hablando francamente, si yo llevo á casarme con Ramona y usted es una persona, vamos á suponer, medio decente, nos deja el parador.

—¿En eso estamos!

—Y mi mujer y yo semos los amos. Yo dirijo la casa, miro, oservo, la ayudo á ella, y... vamos, cobro la renta y que trabaje el verbo.

—No me sale la cuenta, porque yo basto pa cobrar la renta.

—Es decir, que me niega usted la mano después de yo pedirla formalmente.

—La niego.

—Pues adiós, y de verano. Coste que soy prudente

y me echa usted de aquí de toas maneras.

—Y que ya está de más toa lo que hablemos.

—Corriente. Los dos semos... —Lo que semos.

—Nos veremos las caras.

—Cuando quieras, SINESIO DELGADO.

CANTARES

Dos seres hay que me cuidan con ciega solicitud: si estoy enfermo, mi madre; si tengo dinero, tú.

El violín de Sarasate no toca cosas tan buenas como el corsé que tú traes.

La Verdad enfermó, y puso su espejo á la cabecera, y por no mirarse en él, no encontró quien fuera á verla.

Si tu esposo no es topógrafo ni es ingeniero de minas, ¿cómo quieres tú que el pobre sepa el terreno que pisa?

Que te estoy queriendo mucho dile, serrana, á tu madre, para que se maera pronto, por si me da por casarme.

Por la afición al progreso que tienen hoy las mujeres, decrece el ramo de azahar y aumenta el ramo de higiene.

LUIS GONZÁLEZ LÓPEZ.

CARRERAS DE CABALLOS

Era *Selim* el potro favorito de María, la niña de más gracia y de mejor palmito de nuestra fastuosa aristocracia. Y aunque animal indómito y brioso, si en sus lomos sentía el peso delicioso del arrogante cuerpo de María, dócil y cariñoso aquel noble caballo se volvía. Y si ella le hostigaba, conociendo *Selim* que deseaba lucir su dueña su gallardo talle, al pisar arrancaba con los cascos las piedras de la calle.

Estaban las carreras como nunca se vieron de brillantes: lujosos trenes, hombres elegantes y mujeres divinas, hechiceras. Y mucho más hermosa que ninguna, allí estaba María sentada la primera en la tribuna para ver á su potro, que corría. Sale al cabo *Selim*, y codicioso atraviesa la pista á galopadas, y el público, al mirarlo tan fogoso, lo saluda con bravos y palmadas. Se agitaban sombrillas y pañuelos, y á *Selim* perseguía la certera y lujosa artillería de muchos centenares de gemelos. Pasó por donde estaba su señora, y ésta, de pie, gentil, fascinadora, —¡Bravo, *Selim*! gritó enorgullecida, y el potro, al escuchar su voz querida, refrenó bruscamente la carrera, pero se dió tan bárbara caída que se rompió una pata delantera.

Poco tiempo después, triste, jadeante, lanzado allí por el destino fiero y llevando un apósito grosero en una de las patas de delante, entre aplausos nutridos y sonoros de un público borracho de alegría, murió *Selim*, el potro de María, una tarde, en la plaza de los toros.

ENRIQUE JIMÉNEZ DE QUIRÓS.

CONCURSO DE SONETOS⁽¹⁾

I

INVOCACIÓN... PESETERA

Bajad del Ilíción, venid, poetas. Vuestros plectros templad de hoja de lata, y con lira tan buena y tan barata, cantemos todos á las cien pesetas.

Dadnos inspiración, musas inquietas; acudid todas... á meter la pata, las que no visteis ni un doblón de plata del Parnaso en las cúspides escuetas.

Mas ¡ay! la lira permanece muda. Del genio el numen truécase infecundo. Sólo algún vate su cabeza ruda

levanta y, lleno de dolor profundo, á un tiempo exclama con asombro y duda: ¡Pero aún hay cien pesetas en el mundo!

CAZURRO NOVAS.

II

A UNA MUJER

De la pintura el tono más radiante, de la escultura el rasgo más vehemente, de la escala la nota más ardiente y de la estrofa el verso más brillante, por tí quisiera el corazón amante reunir en una cláusula elocuente en que juntaran su expresión valiente ritmo, línea, matiz y son vibrante.

Esa frase profunda y duradera en bronce humedecido por mi lloro,

hecha el alma buril, grabar quisiera. Color, pluma, cincel, timbre sonoro, ¡todo á la vez en mí arrebatado fuera... para poder decir lo que te adoro!

BENVENUTO.

III

Á DON QUIJOTE

Ocorre por acá, noble paisano, el valiente y apuesto y distinguido, que el mundo está muy mal, casi perdido, y es la tierra un piñón... ¡un piñón vano!

No hay un cerebro ya viril y sano; el talento fagóse, el genio es ido, y á la sazón se encuentra convertido en una Argamasilla el orbe humano.

Tú, que ves á Cervantes noche y día, dile que escriba, repartiendo azotes, lo que corrija pronto tantos males, y yo que tú, de paso, le diría que titulara el libro "Los Quijotes," Protagonistas: ¡todos los mortales!

SANSÓN CARRASCO.

IV

LO QUE NO MUERE

Mientras haya en el mundo primavera rica de luz, de aromas y colores, cuando á coro las aves y las flores alzan un himno á Dios en la pradera;

mientras el sol, siguiendo su carrera, derrame con rojizos resplandores la vida y el calor, y sus fulgores pueda sentir la creación entera;

mientras haya una madre que en sus trazos, entre besos, arrullos y canciones, contemple al hijo que á sus pechos cría; mientras tienda el amor sus dulces lazos haciendo palpitar los corazones, lozana vivirá la poesía.

SAISELGI.

V

ROMANTICISMO

Subyugado por tí vivo dichoso, esclavo de tus ojos los venero, y es tan grande mi amor, tanto te quiero, que de aquel que te mira estoy celoso.

Y si tu cuerpo escultural y hermoso á mí perteneciera por entero, como el avaro guarda su dinero, igual te guardaría codicioso.

Ocultas á las miradas de la gente te tendría en espléndida clausura. Pero aunque eso y aún más contigo haría, mi corazón por tí tal amor siente, que en vez de aminorar mi desventura... ¡celoso de mí mismo moriría!

PEPE TROVADOR.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Pollita.—Me gustan poco, pero hay que advertir que de eso no entiendo ni jota.

El manco de la Bañera.—Además de que el asunto es vulgarísimo, el ritmo de los versos está perdido completamente.

Golgorina.—«El epigrama ha ser pequeño dulce y punzante...» Pero es preciso saber que el que usted acaba de hacer tiene un daltor... de Cascante.

Fray Cañón.—Crea usted que siento mucho decirselo, pero también es mala.

Goli-cursi-castizo.—El romance es forzado y un tantico pedestre.

Rodajitas.—El caso es que eso y no decir nada viene á ser lo mismo.

Cartapacio.—Tampoco las quintillas son cosa mayor. Y bueno será que usted sepa una cosa que hasta ahora he tenido callada: que *lema* y *condena* y *dispense* y *reveses* no han sido nunca consonantes.

Cofitranca.—Como medida podría pasar, pero como asunto y desarrollo... ¡ay! eso de ninguna manera.

Archidona.—«Matilde, si á decirte fuera las beidades que posees no terminaría en un mes ni tampoco en una era.»

¿Y á eso lo llama usted artículo? ¡Como no sea artículo... mortis!

Jaitongui.—¡También usted toma los versos por prosa! Aunque bien mirado, hace usted bien; porque así no tiene que tomarse el trabajo de contar las sílabas.

Barrolaburu.—¿Qué voy á decir yo? Que quien ha hecho esos cantares es persona que lo catiende. Pero no son apropiados para este periódico.

Sr. D. R. C.—Sevilla.—Es bastante endeble. Pero ¿qué mosca les ha picado á ustedes hoy para llamar artículos á las composiciones en verso?

Una suscritora.—Señora, ¡p Dios! la caricatura que usted dice se publicó allá por los años ochenta y tres á ochenta y cuatro.

MADRID, 1902.—Tipografía de MANUEL G. HERRANDEZ, impresor de la Real Casa. Libertad, 18 duplicado, bajo.

(1) Hasta la fecha de cerrar la edición del presente número hemos recibido cincuenta y tres sonetos, y el trabajo de selección ha sido áramamente difícil, porque, como todo el mundo ha procurado esmerarse, ha venido á resultar que, aunque escaseen las cualidades relevantes, casi todos serían aceptables en otras circunstancias. En la imposibilidad de publicarlos todos, hemos eliminado los de asuntos parecidos, entre los cuales abundan los referentes á las cien pesetas y las imitaciones de Lope!, entre otras razones, para evitar la monotonía y porque se perjudicarían los unos á los otros. Los más gracioso son los que son más fáciles, pero impublicables por consiguiente. No entra en este número todos los admitidos esta semana, pero... ya irán saliendo.

ANUNCIOS

Peluquería de Rubio.
(Peligros, 10 y 12.)



Al entrar.

Al salir.



Gras, hijo, Alcalá, cuarenta, tiene bastones seguros (1), que se venden á tres duros y valen mas de cuarenta.

(1) Esta rípió quiere decir que son buenos.



Para ser muy dichoso se necesita, además de completa virtud probada (según San Bruno), tener cuatro millones y una camita del Bazar de la plaza de la Cabada, número uno.



Me hace el corazón tic-tac con un placer infinito siempre que tomo un sorbito del rico Aragón Cognac.
Vicente Lóbez.—Zaragoza.



Por no comer donde yo, que lo hago en Las Tullerías, habéis de saber que no coméis más que porquerías.
Matute, 6.



Al hacer el equipaje los que viajáis en el tren, comprad camisas de viaje de riquísimo satén.

Martínez.—San Sebastián, 2.



—¿Dónde van ustedes?
—A que nos ricen el pelo en casa de Tomás, porque si no, no nos dejan estar en la gloria.

Alcalá, 40.



Sabe, por si tienes ganas de comprarte dos docenas, que hay diez mil americanas de alpaca, todas muy buenas.
Pesquera.—Magdalena, 20.



Murió Coca; su mujer le echó en seguida en la boca Cognac fino de Moguer... y volvió á la vida Cocal Sobrinos de Guinea.—Carretas, 27.



¿Por el dolor de muelas no duermes hace un mes?
¡Pues vete á Tirso Pérez! Mayor, 73.



¡Gran colección, de fotografías interesantes!
(Catálogo: 50 céntimos en sellos.)
The Publishing Office. Amsterdam.



Si en las cuecañas pasieras siempre relojes de Brañes, se mataría la gente por subir á las cuecañas.
Matute, 12.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPANIA COLONIAL
TAPIOCA, TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPÓSITO GENERAL
CALE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID CÓMICO
PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO
PRECIOS DE SUSCRICIÓN
Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50, año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.
En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.
Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.
PRECIOS DE VENTA
Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha
Teléfono núm. 2.160.
DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO